CASA PUBLICADORA BRASILEIRA
COMENTARIO DE LA LECCIÓN

II Trimestre de 2008
"Jesús es maravilloso"

Lección 12
(14 al 21 de Junio de 2008)

La eficacia de su ministerio sacerdotal

Dr. Rodrigo P. Silva

Bosquejo del comentario:

1. El proyecto del Santuario
2. Cristo, el Cordero
3. Cristo, el Sumo Sacerdote

Introducción

En el antiguo Medio Oriente, Israel no fue el único pueblo en tener un santuario (luego transformado en Templo), altar y sistema de sacrificios. Prácticamente todos los pueblos cananitas, mesopotámicos e incluso los egipcios, tenían sus sistemas sacrificiales con elementos hasta parecidos a los que encontramos entre los hebreos. Los egipcios, por ejemplo, tenían templos divididos en tres partes: atrio, lugar santo y lugar santísimo, donde se hallaba un arca adornada con dos imágenes aladas de Isis y Neftis, que se asemejan bastante a los querubines y otros elementos del santuario israelita.

La principal diferencia entre los hebreos y sus pueblos vecinos no estaba en el hecho de que poseyeran un santuario o un sistema sacrificial. Esto lo tenían también los gentiles. La diferencia residía en la teología que le daba sentido a su ritual del santuario. Las complejas leyes levíticas funcionaban dentro del contexto de una historia de salvación que sólo Israel poseía. Esta historia podía tener elementos esparcidos por otros pueblos, al fin y al cabo todos habían surgido a partir de Adán y todavía preservaban algo del Edén en su paganismo. Sin embargo, la versión progresivamente revelada a los hebreos era especial, inspirada, más completa y menos contaminada que la de los demás pueblos. Tuvieron el privilegio de conocer directamente de las fuentes la historia de la redención y, con ella, al Dios que los redimía.

Para los pueblos gentiles, su sistema sacrificial era algo mágico. Según su punto de vista, era el rito lo que confería la virtud al participante. Su eficacia, por lo tanto, dependía del ofrecimiento de determinado animal con el fin de agradar a los dioses o evitar su ira. Para los hebreos, no obstante, el rito no debía ser un fin en sí mismo, sino un símbolo que apuntaba a una realidad mayor. No era el cordero lo que

traía la gracia, sino el propio Dios. El animal era apenas un ejemplo didáctico para ilustrar aquello que su Dios haría posteriormente: morir a favor de su pueblo. Esto, además, era otra diferencia, tal vez la mayor: el Dios de los hebreos amaba a sus hijos y se sacrificaría por ellos. Los dioses paganos, por el contrario, no estaban dispuestos a esa clase de sentimiento. Para ellos, la bendición que concedían a los adoradores sería producto de un trueque, no de un acto de amor gratuito. El oferente les atribuía un sacrificio o edificaba un templo y, a cambio, le otorgaban una recompensa por sus servicios. Todo era una cuestión de trueque, nada más.

Para el Dios de Israel (que, en rigor de verdad, era el Dios de todos, Israel era apenas su instrumento para decirle eso al mundo), los sacrificios ofrecidos únicamente tenían valor si provenían de una relación de amor entre Él y el oferente. En caso contrario, eran nulos. Esta relación se demostraba en la obediencia y en la certeza de que el cumplimiento de la ley no beneficiaba a la Divinidad, sino al adorador. Dios no necesita nada, ¡al fin y al cabo, es Dios! Somos nosotros los que ganamos o perdemos si cumplimos, o no, su voluntad en nuestra vida (ver 1 Samuel 15:22; Amós 5:21-24; Miqueas 6:6-8; Salmo 51:14-19).

Hoy, los Adventistas del Séptimo Día tenemos muchas lecciones que aprender del ritual del santuario hebreo. Así como el pueblo del Israel del pasado, nosotros también vivimos en medio de una sociedad rodeada de paganismo, con falsos dioses, falsos altares y falsos sistemas de salvación. Aprender las verdades acerca del verdadero Dios y poder proclamarlas al mundo que nos rodea es un privilegio el cual jamás deberíamos desechar.

El proyecto del Santuario

La lección recalca un aspecto importante relativo al Santuario, y esto debería ser resaltado por encima de todo: debemos evitar el extremo de parecer “semióticos fanáticos”, es decir, como cazadores enfrascados en los símbolos que viven buscando en cada detalle del santuario (color, diseño, forma, etc.) una simbología diferente y especial. Esto podría ser incluso peligroso, pues podría ser utilizado por el enemigo para mantenernos atrapados en los aspectos marginales perdiendo de vista el mensaje principal que el Santuario quiere anunciar. He visto personas que hacen cuentas con las medidas del arca para calcular diversos elementos proféticos que incluyen, desde la muerte de Cristo, ¡hasta el fin del tiempo de gracia!

Cierta vez, un predicador reconoció que su dificultad en atraer al pueblo a las verdades del Santuario estaba en el hecho de que él era demasiado detallista para “simbolizar” cada pequeño detalle del ritual del Santuario. Así, la persona de Cristo acaba siendo opacada por los excesivos símbolos que teóricamente debían representarlo. En este caso, el símbolo se volvía más importante que lo simbolizado. Además, como bien señala la lección, debemos recordar que muchos ritos son presentados, pero no explicados por la Biblia o el Espíritu de Profecía, de manera que no tenemos una certeza absoluta en cuanto a lo que estarían simbolizando.

En el otro extremo, está el riesgo de descuidar los detalles realmente importantes que representan verdades especiales en relación a la cruz y al tiempo del fin. Los

teólogos liberales piensan que el Santuario y el Templo israelitas eran sólo un reflejo de los santuarios paganos y que no debiera ser destacado por los historiadores más que los demás templos de la antigüedad. ¡Nada podría ser más diabólico! Otros creen que el Santuario tenía que ver apenas con la primera dispensación, y –por lo tanto– no tiene relación alguna con las páginas del Nuevo Testamento.

Para los Adventistas del Séptimo Día, debe ser acentuado el hecho de que todas las demás doctrinas fundamentales del pueblo remanente, incluso el contenido kerigmático del triple mensaje angélico de Apocalipsis 14, encuentran en la temática del Santuario su nexo de conexión (o, como dice el Dr. Alberto Timm, su “factor integrador”). Por eso, cualquier descuido con este importante tema o cualquier desvío en su correcta comprensión implicarán que todas las demás doctrinas enseñadas por la Iglesia Adventista sean comprometidas.

Teniendo en cuenta todo esto, el ritual del Santuario –presentado de manera equilibrada, se convierte en un material didáctico fundamental para el pueblo de Dios. Esto es una verdad primordial para nosotros, que sabemos de la existencia de otro Santuario (el Celestial, el Verdadero, el Original), donde Cristo está en este momento realizando una importante obra a favor de sus hijos.

El Santuario era un Tabernáculo (tienda) portátil, que sirvió como centro de adoración a Dios hasta la construcción del suntuoso Templo de Salomón. Recibe varios nombres en las Escrituras y todos ellos indican cosas importantes: era la “morada” de Dios entre los hombres (Éxodo 25:8); el lugar de la audiencia divina, incluso el lugar del encuentro con el Juez celestial (Éxodo 28:43). Era también el Tabernáculo del Testimonio, la morada que albergaba las tablas de piedra del Pacto entre Dios y su pueblo (Éxodo 38:21).

Fue mientras Moisés estuvo en el Monte Sinaí que Dios le dio las “coordenadas” de cómo construir el recinto portátil. La obra debía ser llevada a cabo minuciosamente según las instrucciones para que no hubiera interferencias de la mente humana que por considerarse “experta” podía ceder a la tentación de hacer las cosas en lugar de Dios.

La lección apunta a cuatro elementos del Santuario terrenal como ejemplo, de los muchos que podrían destacarse por su relación con Cristo. Ellos son:

1. *El sacrificio matutino y vespertino* (Éxodo 29:38-42; Números 28:1-6). El objetivo de este sacrificio diario era hacerle recordar al pueblo el costo de la expiación por el pecado. Involucraba el fuego (tal vez el símbolo del fuego devorador de Dios), y el derramamiento de sangre (símbolo de la vida entregada, Levítico 17:11). Pero, como ya hemos dicho, eran un símbolo. Algo mejor que la sangre de animales y el fuego producido por manos humanas debía ser necesario para redimir la culpa de la humanidad (Hebreos 10:4).

   Junto a este sacrificio también estaba la ofrenda de incienso en la mañana y en la tarde (Éxodo 30:7). La Biblia no aporta detalles sobre el significado de este simbolismo. No obstante, basados en 2 Crónicas 2:4; 34:24 y otros pasajes, la ofrenda de incienso tendría que ver con la adoración y la devoción de

alguien de la Divinidad. En este caso, el aroma perfumado representaría el placer que Dios sentiría al percibir la adoración a su nombre. Tal simbolismo indica una relación íntima entre el adorador y la Divinidad. En el caso de un falso dios, una relación obviamente enfermiza, pero –en el caso del Dios verdadero– una relación de afecto, amor y respeto. En otras palabras, adorar significa besar el rostro de Dios.

2. *Los panes de la proposición y el candelabro* (Éxodo 25:23, 30, 31, 37). Una vez que el santuario es descripto como morada, o habitación de Dios, es normal que él contenga muebles que representen la vida de alguien en ese recinto. Pensando en términos de una vivienda de los tiempos antiguos (especialmente una habitación en forma de tienda, como era típico de los pueblos nómades), el lugar debería tener un trono interior (donde el patriarca recibía a sus invitados más importantes), el que está representado por el arca; una mesa para comer y beber (la mesa de los panes), un candelero para iluminar el ambiente y un altar de incienso para perfumar el lugar.

3. *El ritual del Día de la Expiación* (Levítico 16; Hebreos 9:1-12). Una vez por año, en el décimo día del séptimo mes, el sumo sacerdote entraba en el Lugar Santísimo para hacer expiación por sí mismo, por los demás sacerdotes, por el pueblo, y por el propio tabernáculo, que también debía ser purificado, aún cuando el Santuario fuera un lugar, no una persona que pudiera pecar. ¿Por qué entonces hacer "expiación por el Santuario"?

   Debemos comprender que el Santuario no era purificado o "expiado" debido a algún pecado o mal inherente a él, sino por –según lo afirma el texto bíblico– por "las impurezas de los israelitas" (Levítico 16:19). Esta declaración aclara que los pecados de Israel contaminaban el Santuario y el altar. Esto acto servía, entonces, para limpiar el Lugar Santo. ¿Y qué significaba esto? Que aunque la tierra y la tercera parte de los ángeles de Satanás haya caído en pecado, y que la Tierra sea el único planeta en rebelión, el pecado de Adán afectó, en cierta manera, al todo el Universo que sufre al ver en desgracia a una parte de él. Muchos piensan que para los seres no caídos es fácil vivir, pues ellos no sufren como nosotros. Pero ellos están como un hermano en una situación cómoda sabiendo que el otro está perdido en medio de un bosque. El no pasa hambre, ni sed, ni frío, pero no disfruta con placer estas cosas mientras no reciba la noticia de que su ser querido ha sido rescatado y está fuera de peligro. Así, los seres de otros planetas también sufren con nosotros. Como dice Pablo, ellos gimen con dolores de parto, ansiando nuestra redención (Romanos 8:22).

   Aún más, el pecado afectó al cielo, al demandar que su Comandante, el Señor Jesucristo, viniera a la tierra a morir en nuestro lugar. Por eso, la purificación del Santuario es un símbolo del Juicio Investigador de Jesús. Es allí cuando, partiendo del Santuario Celestial, comienza a purificar al Universo de todo vestigio de pecado, un acto inicialmente judicial, pero que Él ejecutará finalmente después del Milenio, al destruir para siempre a Satanás y sus aliados.

4. *Las vestiduras sacerdotales*: En el desempeño de sus funciones, los sacerdotes servían descalzos, en armonía con el hecho de que el suelo del Santuario era sagrado (Éxodo 3:5). Entre las instrucciones para las vestiduras no se mencionan las sandalias. En el Medio Oriente, hasta hoy es común ver, por ejemplo, a los musulmanes sacándose los zapatos para entrar en la mezquita, y los judíos cubriéndose la cabeza para entrar en la sinagoga (otra señal de respeto). Se trata sólo de un símbolo cultura, lo reconocemos. Pero no necesitamos, basados en esto, exigir que las personas se quiten los zapatos al entrar en una de nuestras iglesias adventistas. Pero, siguiendo el principio subyacente en este acto, debemos atenernos al hecho de que las iglesias de hoy todavía son un lugar santo y, en el contexto de los conceptos de respeto que nuestra cultura posee, debemos reunir esfuerzos para ejercer una conducta referente en relación a las cosas sagradas. ¡Se ve hoy mucha banalidad rodeando las cosas santas!

   Continuando con la descripción, los sacerdotes utilizaban una vestimenta interior de lino, una túnica larga, también de lino, y un turbante. Conforme el texto bíblico, todo eso era para que no incurrieran en error, teniendo que morir ante la presencia de la gloria de Dios (Éxodo 28:42, 43). ¿Qué nos quieren decir estos textos? Pues bien, el lino era el mejor tejido que existía. Entonces, lo mejor debía ser para Dios. Debemos darle algo de buen gusto, pero no ostentoso. Y –al contrario de lo que muchos piensan– nuestra forma de vestir, tanto para hombres como mujeres, forma parte de nuestra adoración a Dios. La única diferencia entre la advertencia dada a los sacerdotes (de que no incurrieran en error y murieran) y la que se nos da para nuestros días es que, en aquél tiempo, Dios fulminaba instantáneamente, tal como sucedió en el caso de Nadab y Abiú; hoy Él demorará un poco para hacerlo, pero ciertamente en lo hará en el día del Juicio a todos aquellos que, de manera impenitente, permanezcan en una actitud juguetona con su salvación y con las cosas santas que pertenezcan a Dios.

Cristo, el Cordero

En el estudio del Santuario, hay tres palabras técnicas que merecen ser conocidas para facilitar la comprensión. Ellas son *tipo*, *antitipo* y *tipología*. *Tipo* es un símbolo que apunta a una realidad mayor. En el caso de Cristo, una realidad que sería cumplida en algún aspecto de su vida en su obra, tanto en su ministerio terrenal como celestial. *Antitipo*, tal como la propia palabra lo dice (el prefijo *anti* significa contra, fin), es el evento que cumple aquello que estaba simbolizado en el tipo. Y la *tipología* es la sistematización didáctica que muestra el conjunto de varios símbolos y los eventos que le dan cumplimiento.

Un ejemplo que ilustra claramente esto lo encontramos en Juan 1:29. Allí, Juan el Bautista llama a Jesús "Cordero de Dios que quita el pecado del mundo". Para los judíos, que estaban acostumbrados a ver corderitos siendo muertos todos los días en el Templo para remisión de los pecados de Israel, el sentido de la frase quedó bien claro. Jesús era el *Antitipo* de todos los corderos sacrificados desde Adán hasta esos días. El vino a dar cumplimiento a todo aquello que había sido profética-

mente simbolizado. Los corderos eran un *tipo* que señalaban a Cristo, el verdadero Cordero que sería inmolado por nosotros.

Un elemento curioso de la antigua cultura del Medio Oriente aumenta nuestra comprensión de este principio de simbología. Como la mayoría de las personas no tenía una educación formal, sin acceso directo a los libros, enciclopedias o la enseñanza clásica, los actos simbólicos ejercían una impresión fuerte en la mente del pueblo. En algunos casos, el propio símbolo hablaba por sí mismo y casi no precisaba de explicaciones adicionales. La contrariedad de un hombre en relación a un compañero de trabajo podía ser demostrada sólo con el rasgar de su manto, y la profunda tristeza de una viuda por el hecho de vestirse de saco de cilicio. Sin muchas palabras, los que observaban esto comprendían esto como un símbolo de un sentimiento o situación y casi no eran necesarias las explicaciones sobre su significado. En otros casos, un gesto extraño que desafiara la comprensión inmediata llevaba a pueblo a preguntar acerca del significado de aquello, dándole al agente la oportunidad de enseñar un mensaje a partir del acto intencional que había llamado la atención del pueblo. Muchos profetas utilizaron este recurso. Imaginemos el interrogante que surgió en la mente de los vecinos del profeta Isaías, que deseaban entender por qué él le había puesto un nombre tan extraño a su hijo: “Pronto saqueo y rápida destrucción” (*Maher-salal-Hasbaz*, Isaías 8:1-3). La perplejidad de ellos era la oportunidad que el profeta necesitaba, una manera consciente de llamar la atención al mensaje que él quería predicar.

Dios también habló de una manera en la que el pueblo pudiera comprender. Dio instrucciones para construcción del Tabernáculo y el ritual del Santuario para que sirviera de metodología didáctica acerca de Cristo. Y continuó haciendo lo mismo después de la muerte de su hijo cuando, en medio de un terremoto, hizo que el velo del Templo se rasgara en dos de arriba abajo. Para que quedara aún más claro el significado de aquél evento, el cordero del sacrificio vespertino que estaba destinado a morir, logró escapar, pues no necesitaba ser inmolado, ni ése ni ningún otro más. El santuario terrenal ya había cumplido su misión.

Cristo, el Sumo Sacerdote

En la lengua hebrea, el sentido de la palabra sacerdote era muy especial. Sacerdote en hebreo es *Kohen*, que proviene de la raíz *Ken*. En el alfabeto original existe la letra *kaf* (כ) y la *nun* (נ) (correspondientes, aproximadamente, a las nuestras K y N). *Kaf* entre los hebreos le recordaba a los judíos la mano abierta en el acto de tomar algo (כ). Era el símbolo de la palabra “abertura”. *Nun* era el dibujo de una plantita naciendo del suelo, sostenida por el tallo (נ) y el símbolo de la afirmación “Si”. Juntos, estos elementos significaban algo así como alguien que responde afirmativamente a un pedido de ayuda y, con la mano abierta, se dispone a sustentarte tal como el tallo sostiene a la planta. Así, la palabra sacerdote (o *kohen*) designaba a alguien que viene con la mano abierta, pero firme, para sostenerte a ti. En términos bíblicos, *Kohen* era alguien que se afirmaba en su posición de mediador entre Dios y la humanidad. Era él quien permitía el acceso a Dios.

Tener en Jesús a la figura real de un Sumo Sacerdote significa tener la confianza de ingresar directamente a la presencia de Dios a través de sus méritos. Para los judíos, era muy animadora la certeza de que todos los días, sea el lugar donde estuvieran, había un sacerdote en Jerusalén ofreciendo un sacrificio por ellos a la mañana y a la tarde. Este significado es igualmente especial para nosotros, pues sabemos que hay un Sumo Sacerdote en el cielo que está constantemente intercediendo por nosotros delante del Padre. Eso debería calmarnos y alertarnos contra el problema del pecado. Estudiar el ministerio de ese Sumo Sacerdote celestial significa estudiar el propio manual de nuestra salvación eterna. Este es un conocimiento que jamás deberíamos desechar.

Dr. Rodrigo P. Silva
Profesor de Teología
Seminario Adventista Latinoamericano de Teología
Univ. Adventista de San Pablo – Campus II



Traducción: *Rolando D. Chuquimia*